

---

# LA FEMINIZACION DE LA POBREZA

---

Alice Mc Kee

---



---

**Ya han pasado casi dos décadas desde que se firmó el «Acta de Igual Oportunidad de Empleo», de 1964, y la de «Igual Paga por Igual Trabajo», un año antes. Pero a pesar de los esfuerzos por hacer desaparecer la disparidad de ingresos, las tendencias estadísticas prevén que hacia el año 2000 toda la franja de población pobre de los EE.UU. estará compuesta por mujeres y niños.**

De acuerdo con el Consejo Nacional Asesor para Oportunidades Económicas, la feminización de la pobreza acabó siendo uno de los hechos sociales más angustiantes de la presente década.

En 1964, aproximadamente el 12 % de la población de EE.UU. era oficialmente

pobre. Durante las décadas intermedias, los programas sociales y la «Guerra a la Pobreza» modificaron la apariencia de ésta en Estados Unidos, pero no redujeron su medida. Por el contrario, una cuota más amplia de la capacidad de pobreza fue transferida a las espaldas de las mujeres. Muchos miembros de la administra-



ción actual prefieren creer que la guerra a la pobreza está esencialmente ganada, un argumento atractivo para una época en que los presupuestos nacionales están es-

**Para las mujeres  
la pobreza  
es progresiva:  
cuanto más vieja,  
más pobre.**

tancados y el crecimiento económico retrasado. Pero la evidencia sólo indica que la pobreza está más firmemente concentrada en los sectores tradicionalmente más perjudicados de la sociedad norteamericana —mujeres y minorías—. En todos los grupos étnicos las mujeres más viejas y las familias dirigidas por mujeres son hoy las víctimas de la pobreza.

Las rentas del trabajo constituyen la fuente principal de subsistencia para la mayoría de la gente. Es, tal vez, la medida del dólar de la productividad de un trabajador. Cuando las estadísticas continúan indicando que en EE.UU. las mujeres ganan menos de 59 centavos por cada dólar ganado por los hombres, ¿qué significa eso? ¿Que las mujeres no trabajan tan duro o que no producen tanto como lo hacen los hombres? ¿O que las mujeres carecen de la educación necesaria para buenos trabajos? No hay ninguna evidencia que sugiera que las mujeres son menos productivas que los hombres. En la fuerza laboral tienen una longevidad comparable y, como grupo, las mujeres están educadas tanto o mejor aún que los hombres que ocupan puestos similares. Sin embargo, la medida del dólar en el valor del trabajo frustra a las mujeres en su búsqueda de igual oportunidad de empleo, a pesar de las leyes que ordenan igualdad en el lugar de trabajo.

### *Mujer, envejecimiento y pobreza*

Los ingresos de las mujeres —cualquiera sea su medida— son siempre menores que los de los hombres y tienden a descender más aún a medida que la mujer envejece. Para las mujeres la pobreza es progresiva: cuanto más vieja, más pobre. El riesgo de ser pobre en la vejez es mucho

más alto para las mujeres que para los hombres; casi dos de cada cinco mujeres no casadas mayores de 65 años son pobres. En el momento en que una mujer

probablemente ya está sola y la salud comienza a fallarle, sucede que debe sobrevivir con un ingreso más bajo que en otro momento de su vida —muy por debajo de cualquier grado razonable de pobreza—. En la actualidad, más del 70 % de los ancianos pobres son mujeres y, para magnificar esta cuestión, las mujeres de más de 65 años constituyen, hoy, uno de los sectores de más rápido crecimiento de la población norteamericana.

La disparidad en los niveles de ingreso entre los hombres y mujeres de más edad está directamente vinculada al origen de dicho ingreso. La Seguridad Social nunca fue concebida para ser una fuente primaria de ingresos, sin embargo se convirtió en la única posibilidad para muchas mujeres mayores. El 60 % de las mujeres de más de 65 años dependen exclusivamente de la Seguridad Social, comparado al 46 % de los hombres. Ellas reciben, también, beneficios bastante más bajos (335,13 frente a los 432,63 de los hombres, en marzo de 1982). Las jubilaciones son otra fuente de ingresos importante para la vejez. Desafortunadamente, aún cuando la mujer puede ser desechada para este tipo de prestaciones (y el 22 % de las solteras lo son), la suma promedio es bastante inferior para las mujeres que para los hombres. Si las jubilaciones fueran más fácilmente accesibles para las mujeres, la reforma de la Seguridad Social sería menos urgente.

Los salarios disminuyen, por supuesto, con la edad, y la desigualdad de salarios entre hombres y mujeres es aún más crítica en la vejez. El salario o jornal promedio para las ancianas es menos de la mitad del de los hombres, y sólo el 14 % de las solteras de más de 65 años tienen algún tipo de ingreso. Dicha cifra se reduce aún



más hasta llegar al 7 % después de los 73 años. Las mujeres que dedican a sus familias sus años más productivos pagan así una fuerte multa cuando llegan a la vejez.

En 1979, el Informe del Consejo Nacional Asesor para la Seguridad Social reseñó la necesidad urgente de mejorar el trato injusto a las mujeres en el marco de su sistema. Aún hoy, cualquier discusión de reforma se ve ensombrecida por la cuestión del futuro sistema de fondos.

### *Mujeres, niños y pobreza*

La segunda desviación de importancia entre los sectores pobres de la población norteamericana está referido a la creciente proporción de familias encabezadas por mujeres. Dicha desviación tiene, para el futuro, implicaciones mucho más alarmantes. En la actualidad, en EE.UU., una de cada tres familias encabezadas por mujeres es pobre. Esta cifra contrasta profundamente con la de una familia pobre de cada 18 encabezadas por hombres. Después de casi una década de esfuerzos contra la pobreza y contra la discriminación, las mujeres cabeza de familia, respecto de los hombres en la misma situación, tienen casi seis veces más probabilidades de ser pobres. Y quizá la mayor tragedia de dicha situación es el efecto en los niños de esas familias.

Es probable que la tendencia continúe debido a la brecha existente entre los ingresos de hombres y mujeres. Entre los padres solteros de menos de 24 años, hoy las mujeres tienen nueve veces más probabilidades de ser pobres que sus equivalentes masculinos. Sumándose a la cantidad de familias con madres muy jóvenes está la tasa creciente de embarazos de adolescentes y de nacimientos extramatrimoniales. Aumenta la generación de mujeres jóvenes que encabezan familias invadidas

por la pobreza y que se enfrentan a una perspectiva desoladora en los años 80.

Diana Pearse y Harriet McAdoo escribieron un informe llamado *Mujeres y niños: Solos y en la pobreza*, donde establecen que «si a las esposas y cabezas de familia mujeres se les pagara los salarios que ganan los hombres cualificados, aproximadamente la mitad de las familias que hoy se encuentran en la pobreza no lo estarían». La dilatada brecha que hay entre los salarios de los hombres y los de las mujeres, las altas tasas de desempleo para la mujer, y menos oportunidades para el progreso en su vida, son elementos que contribuyen a la pobreza de las familias encabezadas por mujeres. De los trabajadores a tiempo completo que en EE.UU. ganan menos de 5.000 dólares anuales, el

---

### **La desigualdad de salarios entre hombres y mujeres es aún más crítica en la vejez.**

---

53 % son mujeres, y de aquellos que ganan al año 15.000 o más, sólo el 9 % lo son. Es obvio que con ingresos tan bajos, ni aún con un trabajo de jornada completa

se puede eliminar la pobreza de una mujer con niños pequeños.

Si el único problema fueran los bajos salarios, las mismas oportunidades de empleo podrían ser, al menos, una respuesta entre las mujeres y niños. Pero hay otros fenómenos sociales que confluyen.

Un hecho muy conocido de la sociedad norteamericana lo constituye la creciente tasa de divorcios, que contribuye a la pobreza de un gran número de familias encabezadas por mujeres. Pero el divorcio no es la única causa de su pobreza. En la actualidad los matrimonios terminan casi en la misma relación en que terminaban hace un siglo —alrededor del 34,5 % al año—. Sin embargo, en esa época el divorcio era inusual, el matrimonio terminaba con la muerte de uno de los cónyuges. Aún a principios de la década del 50, en más de la mitad de hogares dirigidos por mujeres éstas eran viudas; en cambio en la actualidad sólo lo son un tercio del



mismo tipo de familias. Las mujeres divorciadas que normalmente sostienen a sus familias tienden a ser más jóvenes que las viudas en la misma situación.

A pesar de ocasionales informes sensacionalistas en sentido contrario, el típico resultado de una ruptura matrimonial es que el marido se convierte en soltero y la esposa en madre soltera. A diferencia de lo que ocurría con las viudas de antes de los 50, cuya pérdida económica se veía aliviada con los beneficios de la Seguridad Social, a las mujeres divorciadas de la actualidad se les hace casi siempre imposible llenar el vacío económico. Las perspectivas de un ingreso adecuado para la familia son casi impensables. A nivel nacional, los pagos de los padres para mantenimiento de los niños son mínimos y, a menudo, inexistentes. A las mujeres divorciadas les es casi imposible cobrar pensión por alimentos, y en el momento del divorcio a menos de la mitad se les concede haberes importantes.

Se habla mucho del fraude a la beneficencia y poco acerca de la lúgubre forma en que dicha asistencia satisface las necesidades económicas de los receptores honestos. En tanto que cada Estado tiene sus propias provisiones, los pagos del bienestar social promediaron sólo 241 dólares mensuales por familia en el año 1977, variando desde menos de la mitad hasta el 96 % del nivel pobre. Donde los padres no efectúan pagos para ayuda, los programas de la asistencia pública son desastrosamente inadecuados y las mujeres y los niños sufren solos la carga.

### *El aspecto distintivo de la pobreza de la mujer*

Es evidente que las mujeres son, y seguirán siendo, los pobres de esta nación. Lo que es menos evidente son las causas y la naturaleza de la pobreza femenina. Las

**Las mujeres son pobres por razones diferentes por lo que lo son los hombres.**

autoras del informe *Mujeres y niños: Solos y en la pobreza*, lo dicen y muy sencillamente: «Las mujeres son pobres por razones diferentes por las que lo son los hombres». Mientras que hombres y mujeres pueden compartir las características causantes de la pobreza (muchas mujeres son pobres porque sus maridos lo son), aumenta el caso en que las mujeres son pobres por «derecho propio».

Pearse y McAdoo examinaron las causas de la pobreza, identificaron aquellas que se aplican exclusivamente a un sexo y descubrieron que mientras ninguna de ellas es exclusivamente masculina, aproximadamente la mitad son exclusivamente femeninas. Por ejemplo, los hombres, en general, no empobrecen a causa del sexismo, del divorcio o de la socialización del rol sexual y ciertamente tampoco a causa del embarazo. Las mujeres, sí. El mismo divorcio que termina en pobreza para una ex mujer y los niños, para el ex marido puede significar libertad de cargas financieras.

Dos son los orígenes más importantes de la pobreza femenina. Primero: en la cultura norteamericana es la mujer la que continúa soportando el mayor peso de la crianza de los niños. De ese modo, las mujeres adelantan la interrupción de sus carreras para dar a luz y criar a sus hijos, y la elección de la carrera en la mujer se hace, a menudo, pensando en esa futura interrupción. Las mujeres divorciadas reciben la custodia de los niños en una abrumadora mayoría de casos.

La segunda causa de pobreza entre las mujeres es la oportunidad limitada que tienen en el mercado de trabajo. Estas dos fuentes de pobreza interactúan y se magnifican una a otra, como lo demuestra las actitudes que la sociedad tiene ante los trabajadores y servicios dedicados al cuidado de los niños.

Como la crianza de los niños está consi-



derada una responsabilidad femenina, virtualmente, en ese campo, sólo trabajan mujeres, ya sea en sus propios hogares o en centros de cuidados diurnos. Y porque el cuidado de los niños es tradicionalmente tarea de mujeres, en general está mal pagado. El costo del cuidado diurno está considerado como una responsabilidad de la mujer, ya sea porque su trabajo fuera del hogar ocasiona dicho gasto, o bien porque tiene la custodia. Según las estadísticas, si los costos de los cuidados diurnos se dedujeran de los ingresos de las madres que están empleadas, el número de familias pobres encabezadas por mujeres se vería incrementado sustancialmente.

Las políticas de bienestar social reflejan la ambivalencia de la sociedad respecto del rol y del «status» de la mujer. A pesar de la actual probabilidad de que la mayo-

ría de mujeres jóvenes trabajen fuera del hogar, sus trabajos son considerados como secundarios respecto de las carreras de sus maridos y de sus responsabilidades fa-

miliares. Cuando esas actitudes se reflejan en las políticas de bienestar, la pobreza está garantizada. Los esfuerzos de empleo para reducir la dependencia del bienestar social entre las mujeres se ven entorpecidos por las opiniones tradicionales de la dependencia económica y social de las mujeres y por todo aquello que tiene que ver con el mantenimiento de la estabilidad matrimonial a toda costa. Cada vez más existe un desproporcionado número de mujeres que se encuentran encerradas en una combinación de asistencia social y trabajo marginal.

Los programas de bienestar social, que se basan en el viejo modelo masculino de la pobreza, no consideran la especial naturaleza de la pobreza femenina. Un hecho que se comprende poco y que raramente se refleja en la política de bienestar público es que las mujeres que están en la pobreza son, casi invariablemente, traba-

jadores productivos, participando de ello, y a la vez, en la fuerza laboral pagada y en la no pagada.

Muchas mujeres permanecen, contra su voluntad, en la fuerza de trabajo no pagado durante la mayor parte de su vida adulta, cumpliendo con aquello que está visto como «su obligación con la sociedad». Aunque nadie cuestiona la importancia económica y social del hogar, se delega, casi exclusivamente, a la mujer su cuidado y mantenimiento, sin recompensa o reconocimiento económico. El «valor moral» de dicho acuerdo se ve reforzado por las estructuras familiares tradicionales, la iglesia, las escuelas y el Estado.

De algún modo se espera que las mujeres consigan más de lo que necesitan para su independencia económica o seguridad financiera. Es improbable que dicho mo-

delo económico de trabajo femenino se justificara alguna vez, pero hoy, en la década de los 80, es imposible.

Dado el amplio y creciente número de

mujeres que dirigen por sí solas sus familias debe comenzar a surgir un nuevo modelo de trabajo femenino. La enorme carga de mantener un trabajo y asumir toda la responsabilidad de los niños hace que las mujeres empleadas tengan que dejar de pertenecer temporalmente a la fuerza laboral para poder cubrir las necesidades de sus niños. Demasiado a menudo las mujeres están en sus casas justo cuando debieran estar buscando una dinámica de ascenso. Más tarde, cuando vuelven a su sitio de trabajo, deben recomenzar con tareas menos pagadas o con niveles de principiantes.

No es sorprendente que muchas mujeres opten por quedarse en casa, acepten su rol tradicional en tanto trabajo no pagado y se decidan por los escasos beneficios del sistema de bienestar social, a la vista de las desventajas del empleo-pago que puedan conseguir. Demasiado a menudo,

---

**Dado el creciente número  
de mujeres  
que dirigen sus familias  
debe surgir un nuevo modelo  
de trabajo femenino.**

---



esa decisión lógica encadena a las jóvenes mujeres y a sus niños a un sistema que sólo perpetúa su pobreza.

---

**Las mujeres contribuyen,  
mucho más de lo que  
participan,  
a la productividad y estabilidad  
de una nación.**

---

*La prueba de la realidad para los programas sociales*

Aunque el cambio social ha acabado con la tradición de la dependencia de la mujer, las políticas públicas no han estado a la altura de las circunstancias. Las mujeres contribuyen, mucho más de lo que participan, a la productividad y estabilidad de la nación; sin embargo, casi toda esa contribución continúa sin ser gratificada y sin ser reconocida. El reclamo de la mujer por un ingreso y una seguridad de retiro está severamente limitado por un sistema económico que no establece valor monetario alguno para su trabajo en el hogar y, además, lo subvalora en el mercado de trabajo. Mucho del «status» económico de la mujer todavía está basado en su dependencia y no en su productividad. Habilitar a las mujeres para que sean los asalariados principales no es, aún, un objetivo de la sociedad.

*La feminización de la pobreza como hecho social, económico y moral es grave para la década de los 80.*

Las desigualdades de las actuales políticas públicas, modeladas por el rol económico tradicional de la mujer, no puede continuar. Ancladas en la pobreza por programas caprichosos diseñados por y para los artífices masculinos de la políti-

ca, es evidente que las mujeres que son jóvenes y pobres están destinadas, en la actualidad, a hacerse más viejas y pobres según pasan los años. Persistiendo en el mo-

delo masculino de que un trabajo automáticamente redime de la pobreza a una familia, la sociedad no puede continuar alegremente frustrando dicho objetivo con inadecuadas o inexistentes ayudas para el cuidado de los niños. Los políticos están ahora recortando los programas sociales que hay para los pobres, una medida que sólo puede ahondar más el nivel de pobreza de las mujeres y sus familias. Los programas sociales no deberían ser recortados sino reconducidos de modo de solucionar los requerimientos específicos de las mujeres que hoy son pobres. Hacerlo de otro modo sería condenar a millones de mujeres y niños a un círculo cerrado de pobreza.

Y, sin embargo, la década del 80 podría muy bien ser aquella en que las mujeres tomen su futuro —y el futuro de la economía norteamericana— en sus propias manos, en vez de estar esperando el impacto de las decisiones políticas y económicas hechas por los hombres. Después de todo, las mujeres representan más de la mitad de los votos y de los recursos humanos de este país. Si los ciudadanos prudentes examinaran cada medida política pública por sus efectos potenciales sobre las mujeres y los niños, ésta podría, aún, ser una década de promesas cumplidas y seguridad económica para la mujer.

Traducción: Rut Gartenhaus